

# ETNIA

Digital

Museo Etnográfico Municipal "Dámaso Arce"  
Instituto de Investigaciones Antropológicas  
Olavarría, Provincia de Buenos Aires  
<http://www.olaweb.com.ar/etnia/>

Números 44-45 / 2000-2002 - ISSN 00646 - 2632

# **MUNICIPALIDAD DE OLAVARRÍA (PCIA. DE BUENOS AIRES. ARGENTINA)**

*Intendente Municipal: Sr. Helios Eseverri*  
Secretario de Gobierno: Dr. Héctor Vitale  
Subsecretario de Cultura y Educación: Sr. Eduardo Rodríguez

*Director de la revista, del Instituto de Investigaciones Antropológicas de  
Olavarría y del Museo Etnográfico Municipal Dámaso Arce:  
Lic. Hugo E. Ratier*

## **Comité Editorial**

M.A. Roberto Ringuelet  
Dr. Alejandro Balazote  
Dra. Susana Margulies  
Lic. Hugo E. Rivas  
Dr. Gustavo Politis  
Dra. Miriam Tarragó

## **Comité Asesor**

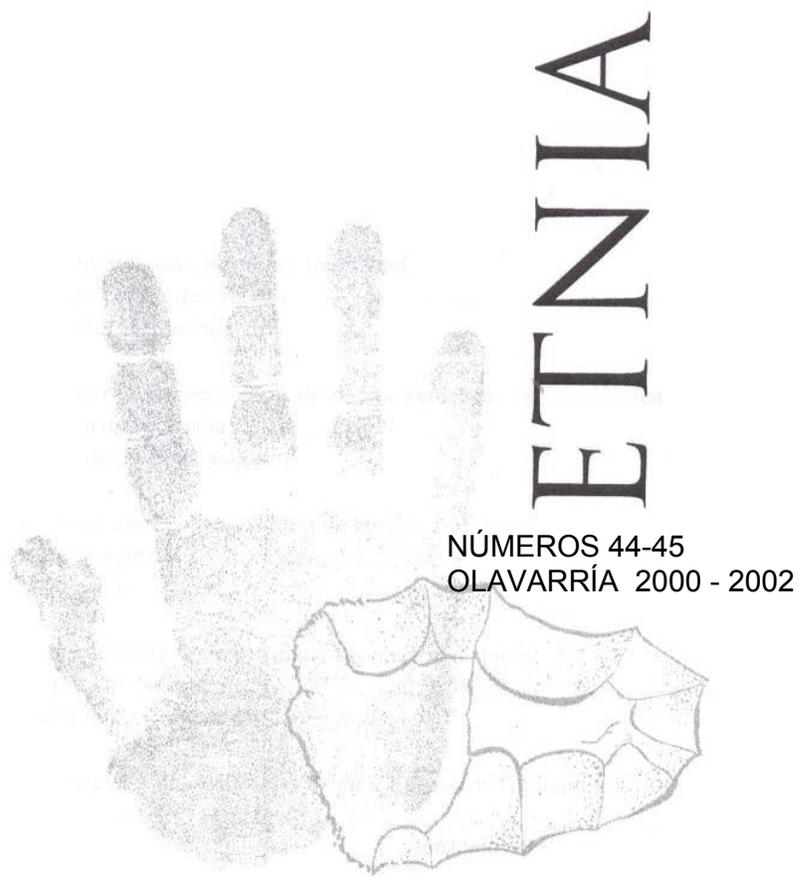
Dr. Alberto Rex González  
Dr. Guillermo Madrazo  
Dra. Marta Blache  
Dr. Leopoldo Bartolomé  
Dr. Raúl Carnese  
Prof. Félix Schuster

## **Arbitros para este número**

Elena Achilli  
Eduardo Archetti  
Leopoldo Bartolomé  
Angel Cerutti  
Carlos Herrán  
Jorge Marcos  
Mónica Tarducci  
Roberto Ringuelet  
Sofía Tiscornia  
Pablo Wright

## **Diseño y edición digital**

Javier Oscar Perez



Museo Etnográfico Municipal "Dámaso Arce"  
Instituto de investigaciones Antropológicas  
Olavarría, Provincia de Buenos Aires

Publicación declarada de interés legislativo en Sesión de 18 de abril  
De 1996 por la Honorable Cámara de Diputados  
De la Provincia de Buenos Aires

## INDICE DE ARTICULOS

Notas sobre Evolución y Arqueología Hoy <b>José Luis Lanata</b> .....	6
Reflexiones sobre la presentación del etnógrafo en contextos religiosos <b>César Ceriani Cernadas</b> .....	34
Desinversión de capital y conflicto social: los cortes de ruta en Cutral-Có y Plaza Huincul <b>Alejandro Balazote y Juan Carlos Radovich</b> .....	50
La construcción de la línea ferroviaria Deseado-Nahuel Huapi; La ilusión de un "proyecto en gran escala" <b>Gabriela Ciselli</b> .....	66
Organizaciones rurales y cultura de las pampas: la construcción social de lo gauchesco y sus implicaciones. <b>Hugo E. Ratier, E. del Campo, L. Etchichury, M. Iriberry</b> .....	81
Una intrusa entre los intrusos <b>María Carman</b> .....	99
Santiago Bilbao: por la ruta del Folklore a la gestión desde el Estado <b>Sergio Visacovsky</b> .....	122
Reflexividad y tensiones en el trabajo de campo. Notas sobre la observación con participación en Caritas de una parroquia católica. <b>Laura Zapata</b> .....	153
Autobiografía etnográfica y memoria mediática: dos recursos para comprender las identidades deportivas. <b>Gastón Julián Gil</b> .....	175
Acción colectiva campesina y clientelismo. Una experiencia en la Argentina de los noventa. <b>Sergio Omar Sapkus</b> .....	201
La galería de los recuerdos. Consagración y deconstrucción de un liderazgo y una tradición política peronista en la provincia de Misiones <b>Germán Soprano</b> .....	222

# ETNIA

## Revista de Antropología

La revista ETNIA data de 1965 y, desde Olavarría, Argentina, ha sido editada continuamente por el Instituto de Investigaciones Antropológicas de esa ciudad (IIAO). En su larga trayectoria cultivó todas las ramas de las Ciencias del Hombre: arqueología, etnología, folklore, lingüística y antropología social, a través de prestigiosos especialistas argentinos y extranjeros. Está abierto también a científicos de otras disciplinas en temáticas relacionadas (sociólogos, historiadores, cientistas políticos). Reflejó en sus páginas importantes debates científicos y fue, y es, vehículo preferido para dar a conocer novedades en investigación o pronunciarse en torno a cuestiones polémicas.

Ahora, como forma de enfrentar la crisis que demora nuestra aparición, iniciamos ETNIA ELECTRÓNICA con el mismo contenido de la versión impresa, con todos sus artículos sometidos a referato. Nuestra publicación llevará, por esta vía, las últimas novedades producidas por la antropología argentina y regional, para beneficio de sus numerosos lectores.

Aguardamos sus inquietudes y sugerencias en el siguiente email [ijao@coopenet.com.ar](mailto:ijao@coopenet.com.ar) o en la siguiente página web

Consulte la sección *Condiciones de publicación* para ingresar sus artículos.

# **AUTOBIOGRAFÍA ETNOGRÁFICA Y MEMORIA MEDIÁTICA: DOS RECURSOS PARA COMPRENDER LAS IDENTIDADES DEPORTIVAS**

Gastón Julián Gil \*

## **Resumen**

El trabajo plantea la necesidad de utilizar herramientas reflexivas para comprender ciertos aspectos de las identidades deportivas. Así es que se desarrollan los condicionamientos a los que se enfrenta un investigador cuando trabaja sobre procesos de identidad en los cuales está involucrado. Así es que se apelan a recursos autoantropológicos para superar esas aparentes falencias vinculadas con la problemática del antropólogo nativo. Esta recuperación reflexiva permite, entonces, utilizar de manera productiva situaciones anecdóticas –en el campo y en la vida cotidiana- que ocasionalmente quedan escondidas detrás de la pretensión naturalista de la investigación social.

Palabras clave: identidad - reflexividad - metodología -fútbol

## **Abstract**

This paper focuses the necessity of using reflexive tools aiming at understanding certain aspects of sport identities. Due to that I study the constraints that a researcher must face when analyzing identity processes in which he is engaged. In the same way, auto-anthropological resources are also considered in order to solve the apparent failures related to the problem of the native anthropologist. This reflexive recovery enables us to use productively anecdotic situations (both belonging to the field and to everyday life) that sometimes are hidden by the naturalistic pretension in social research.

Keywords: identity - reflexivity - methodology - football - soccer

\* Universidad Nacional de Mar del Plata. Maestrando en Antropología Social, Universidad nacional de Misiones (UnaM). [jmgil@mdp.edu.ar](mailto:jmgil@mdp.edu.ar)

## Introducción

Este es un trabajo de un investigador perteneciente al grupo de estudio. Mucho más que eso, un investigador que se encuentra englobado en los procesos de identidad futbolística de la ciudad en la que nació y donde vive. En síntesis: un investigador-hincha. Esta confesada pertenencia al grupo de estudio obliga a explicitar los entretelones del trabajo de campo, lo que suele constituir una violación flagrante contra los requisitos clásicos y míticos de neutralidad del investigador. Sin embargo, en este caso se tomarán estas aparentes falencias como instancias fundamentales de conocimiento de procesos identitarios deportivos en la ciudad de Mar del Plata.

Esto cobra forma mediante la apelación al concepto de reflexividad, que servirá para utilizar como herramientas metodológicas a la autobiografía etnográfica y a la memoria mediática. Estos recursos servirán para darle forma a todos aquellos encuentros con los sujetos de estudio que permitieron establecer saltos cualitativos en la comprensión de los mecanismos de construcción de la identidad futbolística local. Una recuperación que ha posibilitado extraer sentidos nuevos a actividades -algunas de campo, otras cotidianas- cuya utilidad parecía sepultada en interpretaciones de monografías anteriores o, aún peor, en el olvido por su carácter anecdótico.

## El mito del investigador neutral y la incorporación de la reflexividad

Una manera precisa de encauzar la problemática del investigador nativo puede ser lograda mediante el concepto de reflexividad, a través del cual intentaré pensar mi tarea en el campo, especialmente esos supuestos que guían la investigación en el terreno, debido a que:

*“se plantea que los individuos llevan a cabo sus acciones «reflexivamente», es decir, con fundamentos y explicaciones (aunque no siempre puestos de manifiesto) que deben ser reconocidos e integrados por el investigador. Por su parte, el investigador opera –para observar lo que observa y revivir lo que revive- de manera análoga, pues en él juegan tanto de tipo teórico como de sentido común. Sin embargo, la reflexividad del investigador no suele ser incorporada y los trabajos sobre*

*mundos sociales adolecen de la misma pretensión objetivista que los estudios positivistas” (Guber, 1991: 57).*

El concepto de reflexividad es tomado de la etnometodología de Harold Garfinkel, una perspectiva microsociológica que se caracteriza por estudiar “los conocimientos de sentido común<sup>1</sup> que usamos en las prácticas cotidianas, incluidos los resúmenes, las explicaciones, las glosas con que reconstruimos la racionalidad de tales prácticas” (Wolf, 1988)<sup>2</sup>. Esta propuesta implica que el uso cotidiano del lenguaje permite tanto un panorama descriptivo de la interacción social como un elemento de estas mismas escenas que aquél consigue ordenar, ya que los enunciados tienen la capacidad de crear los contextos en los que la información suele aparecer.

Una de las tesis centrales de Garfinkel, sobre la que descansa la reflexividad, indica que las maneras en que los sujetos hacen explicable su accionar cotidiano son idénticas a las actividades por las que esos mismos sujetos producen y controlan esos escenarios cotidianos. Este carácter reflexivo del accionar cotidiano hace que las prácticas puedan ser entendidas como prácticas situadas, que puedan ser observadas y narradas. Mediante la reflexividad, es que los miembros de la sociedad producen, completan, reconocen y demuestran la manera en que se amoldan racionalmente a sus objetivos. Esto es así porque los escenarios sociales son auto-organizados y se organizan de tal manera que las prácticas que allí tienen lugar se hacen explicables. Manejarse reflexivamente en el campo permite que el investigador aplique para sí mismo los mismos procedimientos que usa para analizar y comprender lo que dicen y hacen sus informantes. La práctica reflexiva es, en términos de Pierre Bourdieu, una objetivación participante, una manera de blanquear las condiciones sociales de producción de ese conocimiento planteado que, si bien es legítimo, está determinado por múltiples condicionamientos. Esta no es una postura relativista que supone que la verdad depende de la posición social del etnógrafo, sus estados de ánimo, etc. Lo que está condicionado es el tipo de información que busca, el tema que elige o las dimensiones de análisis que prioriza, pero también el sentido que se le puede extraer a pequeños fragmentos de conductas que a simple vista parezcan irrelevantes. Sin que esto implique una postura idealista que haga depender la realidad que se estudia del sujeto observador, esos condicionamientos generan marcos de situación propicios para

extraer sentido de esos condicionamientos. Por eso:

*“optar por la reflexividad es tratar de dar cuenta del «sujeto» empírico en los mismos términos de la objetividad construida por el sujeto científico – en particular, situándolo en un punto determinado del espacio-tiempo social- y, con base en ello, tomar conciencia y lograr el dominio (hasta donde sea posible) de las coacciones que pueden operar contra el sujeto científico a través de todos los nexos que lo unen al sujeto empírico, a sus intereses, impulsos y premisas, los cuales necesita romper para constituirse plenamente. No basta con buscar en el sujeto, como lo enseña la filosofía clásica del conocimiento, las condiciones de posibilidad y los límites del conocimiento objetivo que él instituye. También hay que buscar en el objeto construido por la ciencia las condiciones sociales de posibilidad del «sujeto» (por ejemplo, la skholè y todo el acervo de problemas, conceptos, métodos, etc. que hacen posible su actividad) y los posibles límites de sus actos de objetivación. Ello obliga a rechazar las pretensiones absolutistas de la objetividad clásica, pero sin por ello caer en el relativismo: las condiciones de posibilidad del «sujeto» científico y aquellas de su objeto son una misma cosa: a cualquier avance en el conocimiento de las condiciones sociales de producción de los «sujetos» científicos, corresponde un progreso en el conocimiento del objeto científico, y viceversa” (Bourdieu & Wacquant, 1995: 156).*

Esto no debe interpretarse como una postura escéptica ni como un subjetivismo. Todo lo contrario, implica transparentar las condiciones de conocimiento en las ciencias sociales, que no deben necesariamente someterse a patrones legaliformes que cumplan con el ideal predictivo de las ciencias naturales, ya que no debe olvidarse que:

"en resumen, las tareas primarias del análisis sociológico son las siguientes:

a) La explicación y mediación hermenéutica de formas de vida divergentes dentro de metalenguajes descriptivos de ciencia social.

B) La explicación de la producción y reproducción de la sociedad como el resultado logrado de un obrar humano" (Giddens, 1997: 194-5).

Por lo tanto, plantear una ciencia social que ponga en escena las determinaciones sociales de la investigación permite operar con libertad dentro de las determinaciones de las que son objeto y producir un conocimiento riguroso, como una “toma de conciencia potencialmente liberadora” (Bourdieu & Wacquant, 1995: 156-7).

Lo que se busca es un rigor que parte, indefectiblemente, de esclarecer cómo se

lleva cabo la investigación social cuando existe un vínculo sólido entre el investigador y el sujeto de la investigación. Por eso es que en este trabajo se apela a un uso productivo de las anécdotas y fragmentos autobiográficos del trabajo etnográfico como manera de extraer el sentido profundo de los sucesos y los modos de relacionarse con los interlocutores de la investigación. Estas son todas cuestiones que suelen relegarse a la intrascendencia pero que, al menos en mi caso, se muestran de una utilidad remarcable. Veremos cómo mediante esos pequeños relatos es que pueden develarse las lógicas de acción de los individuos que se estudian.

## Una “Autoantropología” deportiva

Los estudios sociales del deporte, quizás por su posición marginal dentro de las ciencias sociales, no acostumbran plantearse como impedimento serio que el investigador trabaje en su propia sociedad, aunque muchos de sus representantes más notorios sean antropólogos sociales. Esto puede verse en las etnografías más representativas del campo, como las llevadas a cabo por Eduardo Archetti (1999), Richard Giulianotti (1993, 1994, 1997 y 1998), Gary Armstrong (1998) o Christian Bromberger (1999). Incluso, varias de las etnografías sobre identidades deportivas no sólo han sido llevadas a cabo en el propio país sino en las mismas ciudades en la que habita el investigador (como sucedió con Giulianotti en Aberdeen, Armstrong en Sheffield o Bromberger en Marsella). Pero en el caso que aquí se plantea se trata de un investigador que vive en Mar del Plata y es a la vez hinchista, un ejercicio claro y hasta extremo de la “auto-antropología” que expone Eduardo Archetti en *Masculinities* (1999). Esta cuestión, según él, tiene que ver con que “estar en casa implica que mi manera de organizar mi búsqueda, lo que Strathern llama ‘técnicas de organización del conocimiento’, coincide con la manera en que la gente estudiada organiza el conocimiento sobre ellos mismos” (Archetti, 1999: xiv). De cualquier manera, esto no debe hacernos olvidar que la posibilidad de que el investigador provenga del mismo social no garantiza que pueda dar cuenta de las discontinuidades entre las categorías nativas y las miradas analíticas, ni que ello legitime sus interpretaciones.

Armstrong, en la introducción de *Football Hooligans* (1998), se coloca como un

“nativo marginal”, con la necesidad de mantener un equilibrio entre ser amigo y extraño. Otro etnógrafo del Reino Unido, Richard Giulianotti (1995), no discute las ventajas o desventajas del investigador nativo y prefiere reflexionar sobre dos puntos importantísimos cuando se trabaja sobre subgrupos de los cuales uno de sus principales rasgos identitarios es la afirmación de prácticas violentas contra los rivales: el ingreso al campo y los riesgos habituales del investigador.

Si bien mi trabajo no se ha detenido prioritariamente sobre los grupos considerados violentos, he tenido que trabajar con ellos, aunque no en una inmersión completa. Las tareas de observación de las tribunas, con el consiguiente aprendizaje de las rutinas corporales allí escenificadas, conlleva, no diría riesgos<sup>3</sup>, sino la posibilidad de enfrentarse a algunas tensiones<sup>4</sup>. En mi caso, no sentí la necesidad de negociar mi ingreso en el campo, pues nunca estuve fuera de él. No necesité valerme de asociaciones de hinchas, de *gatekeepers* que me permitieran ser parte de la hinchada. Primero con Peñarol, un equipo de básquetbol, y luego con Aldosivi, en el fútbol, podía moverme entre las tribunas o acudir a algún bar partidario con bastante naturalidad. Sin embargo, el eventual trabajo con grupos violentos sí obliga al investigador a introducirse en un proceso de negociación para el ingreso, como compromisos posteriores, ya sea beber, ir a los partidos, participar de diversas situaciones sociales, pero –como lo expone claramente Giulianotti (1995)- salir cuando se preparan hechos de violencia, tanto fuera como dentro del contexto ritual del estadio.

También siguiendo a Archetti, creo que es posible tener en cuenta la utilidad de una “etnografía autobiográfica” (1999: xv), para transformar las experiencias y memorias personales en elementos antropológicos de valor. Por eso, puede ser interesante resaltar la importancia sobre la propia memoria mediática que, combinada con los recuerdos etnográficos, me ha permitido encontrar y develar nudos de significado que suelen escapar del sentido común. El recurso de la memoria mediática se vincula directamente con la etnografía de audiencias, disciplina que tiene como uno de sus principales objetivos comprender la manera en que los actores definen y comprenden sus propias prácticas de consumo en los medios de comunicación. Trabajar sobre la memoria mediática, en este caso concreto de investigación, implica referirse a la recolección de narrativas referidas al consumo mediático, especialmente

radial, y retrotraerse a los acontecimientos mediáticos que organizaron, en la memoria del etnógrafo, lo socialmente significativo de la historia futbolística de Mar del Plata. En síntesis, son todos recuerdos que permiten acceder a la manera en que los medios organizaron el imaginario futbolísticos local.

La memoria tiene que ver con la construcción de un relato verosímil sobre el pasado. Un pasado constituido por la historia personal del etnógrafo como consumidor y como parte de ese proceso de construcción social de la realidad. Fragmentos, historias de un lado de los aparatos de radio, junto con anécdotas desde adentro de la labor periodística gráfica, que permiten acceder a los mecanismos de configuración de ese imaginario periodístico del fútbol de la ciudad. Todo esto es, en definitiva, una instancia más de la autoantropología. No se trata de establecer las relaciones de los espectadores con el consumo televisivo sino de aprovechar los recuerdos personales en la memoria para extraer su relación con los procesos de la identidad futbolística local, debido a que los medios actúan como fuentes sustanciales de socialización e información cotidiana.

### **Un poco de “autobiografía etnográfica”**

Involucrarse con un tema de investigación cercano a las expectativas del investigador plantea una serie de cuestiones que han marcado todo mi trabajo etnográfico. No se trata ya de discutir acerca de la conveniencia de que el antropólogo sea un nativo en su propia sociedad, sino de que el investigador esté directamente involucrado con el tema que estudia: ser hincha de un equipo de fútbol (Aldosivi de Mar del Plata) y además intentar comprender los procesos de identidad que se juegan en torno a esa pasión deportiva.

Tal es lo que me ocurrió dos años antes de haberme decidido a trabajar sobre los hinchas de Aldosivi, en 1996, cuando comencé la tesis de licenciatura. En aquella oportunidad, la investigación también estuvo referida al deporte, más precisamente a la rivalidad en el básquet marplatense entre los equipos Peñarol y Quilmes de la ciudad de Mar del Plata. Con el básquet estuve mucho más involucrado que con el fútbol, ya que desde los 12 años en 1986 comencé a seguir regularmente a Peñarol cuando

jugaba en la segunda división del básquet argentino. Viví con mucha emoción el ascenso en 1987 y sufrí las pobres performances del *milrrayita*<sup>5</sup> en sus primeras campañas, siempre cerca de volver a la segunda categoría. Seguí fielmente todas las campañas. Solía ir sólo al Super Domo<sup>6</sup>, me iba caminando desde mi casa, o bien en colectivo (el estadio estaba a tres kilómetros), y me deprimía ante las derrotas, que en los primeros años eran mucho más frecuentes que las victorias. Pagaba habitualmente la entrada a "la popular" pero me las ingeniaba para encontrar un mejor lugar, al lado del rectángulo de juego, delante de la primera fila o incluso detrás de los aros. Por esas épocas no disfrutaba demasiado de la compañía de la hinchada, además de que la visión desde la popular del Super Domo era bastante deficiente. En esos años viví de cerca la manera en que se fue conformando la identidad milrrayita. Yo no tenía nada que ver con el club antes de la Liga Nacional, pero en esas épocas me interesé por el básquet y Peñarol era lo que tenía más a mano. Además jugaba relativamente cerca de casa. En esos primeros años fui mirando también con cierta simpatía a Aldosivi, ya que la hinchada de este equipo de fútbol comenzó a acercarse a alentar a Peñarol, especialmente por la afinidad territorial lograda con el Super Domo, ubicado a 400 metros de la tradicional sede de Aldosivi, en la calle Bermejo, por supuesto en el puerto marplatense.

Paralelamente, otro equipo de la ciudad, Quilmes, estaba siguiendo los pasos deportivos de Peñarol. En principio no lo viví como una rivalidad, incluso miraba con simpatía el posible ascenso de Quilmes aunque nunca fui a la cancha a ver sus encuentros. Esta actitud no era particular sino que representaba el clima basquetbolístico que respiraba Mar del Plata en aquellos años. Quilmes y Peñarol no tenían una larga tradición de enfrentamientos en el básquet local y sólo a partir de sus choques en el máximo certamen del básquet argentino pudo vivirse esta típica rivalidad deportiva, en la que los hinchas tienden a construir sus propias representaciones como categorías esenciales. Esta rivalidad entre Quilmes y Peñarol que concita la atención de gran parte de la ciudad, de los medios locales y nacionales, y que llega a generar violentos enfrentamientos entre las parcialidades, no siempre se dio de la misma manera. Antes de que estos dos equipos se enfrentaran por primera vez en la élite del básquet argentino (Peñarol ascendió en 1987 mientras que Quilmes hizo lo propio en 1991, aunque luego descendió en 1998 y regresó a la máxima categoría en 1999) ya

se había sembrado la semilla del odio entre ambos bandos. Las vinculaciones entre las hinchadas de básquet y el fútbol, con Peñarol y Aldosivi, por un lado, y Quilmes y Alvarado<sup>7</sup> por el otro, fueron factores determinantes, que marcaron por primera vez la irrupción de grupos violentos organizados procedentes de las dos principales facciones del fútbol marplatense<sup>8</sup>.

En los primeros años de liga esto no había ocurrido, ya que los aficionados del básquet solían concurrir a todos los encuentros, porque lo indispensable parecía ser que la ciudad llegara a tener un equipo entre los mejores del país. Paralelamente a este ascenso de Peñarol, otro equipo marplatense, Quilmes, consiguió superar las instancias regionales y accedió a la Liga B, de la que Peñarol se había ido para ya no regresar (por lo menos hasta ahora). El día del ansiado ascenso de Peñarol, una nota en el diario *La Capital* de Mar del Plata dejaba en claro que la pertenencia a la ciudad era lo más importante para todos: “la mayoría de los jugadores peñarolenses asistieron la noche del viernes a alentar a Quilmes (...) y hoy será a la inversa ya que los quilmeños han prometido su masiva asistencia al Súper Domo” (13-12-87). Y en la noche del partido, el mismo diario destacaba que Peñarol fue “alentado, estimulado, vitoreado por todo el estadio -embanderado con los emblemas de más de 10 instituciones marplatenses-...” (14-12-87).

Esa rivalidad, en aquel momento inexistente, se fue conformando luego de un episodio administrativo, en el que Peñarol colaboró para frenar un posible ascenso de Quilmes en 1989. En aquella ocasión, en medio de una reunión de la Asociación de Clubes, los dirigentes de Peñarol presentaron una moción para que la Liga Nacional no volviera a disputarse con 16 equipos, tal cual se había pactado con anterioridad. El hecho, en apariencia sólo burocrático, nos dice mucho más que eso, porque era Quilmes la institución que estaba esperando la decisión de retornar a la modalidad anterior (la de los 16 participantes), que años más tarde se retomaría definitivamente. Quilmes de Mar del Plata, había quedado ubicado en la tercera posición en la Liga B (ascendían directamente dos), luego de haber sido derrotado por GEPU de San Luis, pero todavía guardaba esperanzas de obtener un sitio en la máxima categoría. Una determinación de la Asociación de Clubes de jugar nuevamente con 16 plantillas le habría dado el ansiado ascenso a la institución quilmeña. Pero la realidad marcó un camino bien distinto. Los dirigentes de Peñarol, temerosos de que la

presencia de su vecino en la máxima categoría le restara recursos para solventar la campaña, presentaron una nota donde solicitaban que no se retornara a la vieja usanza de los 16 clubes. Casi en pleno, los integrantes de la división superior del básquet argentino decidieron que la edición de 1990 se jugaría con sólo 15 equipos. El 14 de noviembre de 1989, una nota en *La Capital* rezaba en su título que “Quilmes no jugará en la «élite» del básquet”, para rematar con una volanta concluyente: “Moción de Peñarol lo «condenó»”. Aunque algunos medios, como la revista bahiense *Encestando* hayan calificado al tema como un “respeto reglamentario”, se consolidó la imagen de Peñarol como culpable de la permanencia de Quilmes en la segunda división. A partir de allí nada sería como antes. Y aunque este episodio no está demasiado presente en la memoria de los hinchas actualmente, fue sustancial para la consolidación de un discurso de enfrentamiento entre estas dos facciones basquetbolísticas.

Pese a los temores dirigenciales, el ascenso de Quilmes le daría al básquet de esta ciudad una dimensión jamás conocida por otro deporte de conjunto. Y en la liga 93-94, el campeonato de Peñarol llevaría a la cima de popularidad a una actividad deportiva que fue capaz de congregarse a 50 mil personas por las calles para festejar este primer gran lauro del deporte profesional de un conjunto marplatense en toda su historia, y a una cifra estimada de 100 mil espectadores en las transmisiones en directo por los tres sistemas de televisión por cable de la ciudad. Este largo proceso de la construcción de las identidades en el básquet ha logrado fijar de manera concluyente los estereotipos particulares, que abarcan tanto a cada club como equipo dentro de la cancha y al comportamiento de cada hinchada. Las nueve ediciones de la Liga Nacional que mostraron a los equipos marplatenses compitiendo en la máxima división, han ido consolidando la construcción de imágenes esenciales en cada bando. Un proceso de identificación en donde la cantidad de espectadores que asiste a la cancha, las campañas realizadas por ambos equipos, el comportamiento de los hinchas, las repercusiones de los medios de comunicación y hasta las mismas percepciones de los jugadores, cumplieron la función de establecer categorías exclusivas que transforman a uno de los dos clubes en dueño del honor (Peñarol tiene aguante) y al otro en depositario del estigma (Quilmes es gallina). Pese a la rivalidad, durante esos años existieron algunos intentos de fusionar a los dos equipos, siempre auspiciados por la prensa local. El argumento, que nunca estuvo siquiera cerca de prosperar –apenas

hubo algunas reuniones informales- apuntó siempre a la supuesta imposibilidad de Mar del Plata de sostener a dos equipos, y optar entonces por volcar los recursos para que un solo equipo sea un protagonista permanente de los campeonatos, como en el caso de Atenas Córdoba, legítimo referente de la identidad deportiva cordobesa.

Allá por 1991, cuando comenzaba a disfrutar de los primeros equipos competitivos de Peñarol, me volqué a la actividad periodística -a los 17 años-, lo que lentamente me fue haciendo tomar otra perspectiva, más analítica –al principio sólo desde la propia disciplina deportiva- del básquet de Liga Nacional<sup>9</sup>. Y no fue el mandato de la objetividad periodística lo que produjo este cambio –aunque nunca abandoné cierta mirada del hincha- sino la posibilidad de conocer por dentro los entretelones de los equipos y las maneras de vivir a este deporte en otros lugares del país. Durante los seis años que me dediqué al periodismo tuve, además, la posibilidad de conocer todo el interior del país por las coberturas realizadas en el diario *El Atlántico*, donde trabajaba. Paralelamente llevaba adelante mi carrera universitaria y empezaba a aplicar algunos conceptos a las experiencias que iba viviendo. Y fue en esos momentos en los que me empezó a fascinar lo que el básquet generaba en el interior de la Argentina, especialmente en esos sitios en los que no había fútbol de primera división, como Mar del Plata, Neuquén, Bahía Blanca, La Rioja, San Luis, y hasta Córdoba en algún momento. Así fue que decidí hacer mi tesis de licenciatura sobre este tema. En la introducción, quise contar algunas de estas experiencias, pero mi director sostuvo de manera tajante que eliminara la referencia a mi simpatía por Peñarol para que los evaluadores no se vieran influenciados a leer el trabajo desde la mirada de un hincha, ya que a lo largo de la investigación no se registraban indicios de mi favoritismo deportivo por uno de los equipos. Así lo hice, y hasta escribir estas páginas no volví sobre mis fragmentos autobiográficos.

Luego de abandonar las investigaciones sobre básquet, especialmente porque los condicionamientos de la academia hacían muy complicado obtener alguna inserción institucional investigando el básquet de la Liga Nacional<sup>10</sup>, me posicioné en problemáticas identitarias futbolísticas y volví a elegir como estudio de caso a un equipo del cual me consideraba hincha. Si bien mi simpatía por Aldosivi era mucho más coyuntural que la de Peñarol, la fui construyendo poco antes de que decidiera dar mis primeros pasos de investigación en el fútbol, cuando en una tarde me acerqué a ver un

partido (muy pocas veces lo había hecho antes) frente a Belgrano de Córdoba. Tenía cierta simpatía hacia este equipo, inclusive lo prefería a todos los demás de Mar del Plata, pero seguramente se debía a la ya mencionada vinculación con Peñarol. En otro tiempo, había visto a Aldosivi en un torneo regional en el que quedó cerca de ascender al nacional B (la segunda división del fútbol argentino) y me había quedado un grato recuerdo.

Pero varios años más tarde, cuando decidí ir a *La Cantero*<sup>11</sup>, el estadio donde Aldosivi cumplía sus presentaciones como local en el puerto de Mar del Plata, un martes a la tarde que tenía libre, se fue gestando no sólo la pasión sino un tema de investigación. En aquel día de octubre de 1997, mi vínculo con “el tiburón” no empezó de la mejor forma. En la entrada había un amontonamiento que retrasó el ingreso de los espectadores y me obligó a perderme los primeros cinco minutos del partido. Cuando pude hacerlo, me encontré con un estadio muy precario (había sido inaugurado pocos meses antes) y tardé unos cuantos minutos en encontrar un buen lugar para poder mirar el encuentro. De eso se trataba, sólo había interrumpido mi descanso para ver un partido. El aburrimiento general del primer tiempo (terminó cero a cero) me llevó a reflexionar sobre las causas que hacían que casi 4 mil personas concurrieran a este estadio a ver, de forma muy incómoda, luego de sufrir amontonamientos en el ingreso, un partido de esas características de la segunda división del fútbol argentino. Esa reflexión y el cambio en las alternativas de juego en el segundo tiempo (Aldosivi ganó cuatro a uno en un partido sumamente entretenido) me llevó a apasionarme por Aldosivi y seguirlo sin interrupciones. El único motivo que desde entonces me impidió asistir a los juegos fue no estar en la ciudad en el momento de los partidos, lo que me ocurrió media docena a lo largo de dos años.

Pero hubo un aspecto mucho más importante que me volcó a estudiar apasionadamente los procesos de construcción de identidad en Aldosivi: la consolidación de un proyecto empresarial para colocar a este equipo en primera división y como representante de la identidad futbolística local. Una planificación que cobró forma como una política posible a implementar cuando ese equipo sin aspiraciones a ascender a la primera división del fútbol argentino comenzó a sorprender a todo el país con una campaña que lo dejó al borde del ascenso en 1998. Aunque para el imaginario del resto del país, Aldosivi parezca cumplir con los requisitos

de una típica identidad marplatense, muy lejos está de aglutinar la pasión futbolística de Mar del Plata. Entre otras razones, es esa vinculación con el puerto, uno de los símbolos tradicionales de la ciudad: su actividad pesquera<sup>12</sup>, fue la que generó un conflicto identitario con el resto de Mar del Plata. Ese aparente fundamento del ser marplatense que llevó a algunos medios nacionales a llamar a Aldosivi "el equipo de los pescadores" o "el tiburón marplatense" con la connotación de potencia física que puede conllevar ese apodo, fue la dimensión clave que nunca fue comprendida por quienes encararon ese proyecto. Porque para un importante sector de la ciudad, Aldosivi jamás dejó de representar a los "pescados"<sup>13</sup>. Ante esta fragmentación de la identidad futbolística, los medios de comunicación de la ciudad sistemáticamente editorializaron acerca de la necesidad de lograr un equipo que representara a la ciudad, de manera similar a lo que ya se mencionó en relación con el básquet. En materia futbolística, si bien siempre se reclamó que el fútbol de la ciudad debía unirse, sólo con el acceso de Aldosivi a la Primera B Nacional se planteó el asunto en forma directa. Aldosivi había llegado a ese torneo por una disposición de Asociación del Fútbol Argentino (AFA) que le otorgó a la ciudad una representación en la segunda división del fútbol argentino. El privilegio se lo ganó al eliminar a Alvarado, el otro candidato de la Liga Marplatense de Fútbol. Pero aquellas voces que presionaban desde lo discursivo para construir "el equipo de la ciudad", como se lo comenzó a llamar, se hicieron muy fuertes cuando Aldosivi empezó a cosechar buenos resultados en el Nacional B y la posibilidad de llevar a un conjunto de la ciudad a la primera división se percibió como un objetivo posible. Y aquí es donde se asienta el punto focal de mi inmersión plena en los procesos de identidad de Aldosivi por la formación de un proyecto deportivo y cultural que sólo se planteó en términos deportivos y que supuso que una gran campaña era condición suficiente para la invención de una narrativa épica y fundante de la identidad futbolística de Mar del Plata.

Tuve la convicción desde el comienzo que el proyecto iba a fracasar. Pocas veces había estado tan seguro de algo en mi vida. Dos cuestiones me parecieron tan evidentes que no podía entender que ninguna de las personas involucradas las tuviera en cuenta: las enormes dificultades de cambiar las lógicas identitarias futbolísticas de la ciudad y la destrucción del único sostén identitario de Aldosivi: el puerto, que paulatinamente se iba a ir alejando de un símbolo de pertenencia que cada vez sentía

menos suyo. Todo me resultó demasiado claro, por la manera en que se vivía en las tribunas de *La Cantera*, el estadio en donde Aldosivi jugaba como local, en el corazón geográfico del puerto marplatense. El traslado hacía el estadio Mundialista, con capacidad para 45 mil personas, marcaría el comienzo del fin, aunque los buenos resultados deportivos convencieran de la factibilidad del proyecto al entrenador Jorge Solari y al *Multimedios La Capital*<sup>14</sup>.

La campaña 98-99 fue encarada con elevadas pretensiones. Aldosivi armó un plantel con destacadas figuras para la división y contó con el apoyo de todo el *Multimedios* para que Mar del Plata “entendiera” que Aldosivi era el equipo de la ciudad. Pero a menos de seis meses de haber sido montado el proyecto Aldosivi, sus artífices comenzaron a dar muestras de agotamiento. La segunda mitad de la temporada transcurrió entre magros resultados deportivos y una convocatoria que apenas superaba con suerte las mil personas. Si bien el equipo conservó la categoría, Solari y el *Multimedios* abandonaron el proyecto, dejando importantes deudas con algunos jugadores. Los directivos que habían renunciado a comandar efectivamente al club debieron retomar el control para la temporada 2000-2001. Nada volvió a ser como antes. La imposibilidad de armar un plantel con pretensiones y sus consiguientes preocupantes resultados deportivos no lograron recuperar el terreno perdido. Con *La Cantera* clausurada, el estadio José María Minella fue el escenario de un Aldosivi sin ningún poder convocatoria. Y el descenso en la temporada 1999-2000 fue el lógico desenlace de una planificación mal orquestada desde el comienzo, con una pretendida fusión con el club River Plate de la Capital Federal en el medio, que sólo fue finalmente una cesión de jugadores de las inferiores sin posibilidad de continuar su carrera deportiva en la entidad de Núñez.

## **Memoria mediática**

Desde muy chico tuve una relación muy cercana con los medios de comunicación de la ciudad. Siempre soñé con ser periodista deportivo, por lo que fui un permanente lector de la revista *El Gráfico* y un radioescucha fiel de las principales emisiones deportivas de Mar del Plata (*Juego Limpio*) y Buenos Aires (*La Oral Deportiva*). El consumo de *El Gráfico* formó no sólo mis competencias deportivas sino

también parte de mi formación literaria. La revista tradicional del deporte argentino era en los ochenta bastante diferente a la actual. En aquellos tiempos, *El Gráfico* apelaba a registros cultos y a un estilo cuidado, tanto desde lo periodístico como desde lo literario. Ya a mediados de los ochenta, su línea editorial comenzó a cambiar, en especial por el abandono paulatino de la cobertura de una amplia variedad de deportes en beneficio del fútbol, y por su lenguaje cada vez más coloquial. De las emisiones radiales, recuerdo las rutinas de las 19, de lectura de revistas (como la bahiense *Encestando*) y suplementos deportivos con la radio prendida escuchando noticias y análisis deportivos de Mar del Plata y Buenos Aires.

Esta memoria mediática me indica que desde las participaciones de los equipos marplatenses en los viejos campeonatos nacionales, el periodismo marplatense se preguntó insistentemente por la cada vez menor atención del público local hacia sus propios equipos. Mar del Plata tuvo “plaza fija” tres años después de que los campeonatos nacionales fueron creados en 1967, hasta que fueron suprimidos en 1985. Durante ese tiempo, los equipos de la ciudad se clasificaron directamente, y sus rendimientos fueron decreciendo con el correr de los años, hasta llegar a las pobrísimas participaciones –y peores recaudaciones- de los años ochenta. Esto le valió perder la plaza fija cuando desde 1986 se reestructuraron los certámenes y se creó el Nacional B. Los sucesivos fracasos de recuperar el terreno perdido han sido interpretados por la prensa como producto de la desunión del fútbol de la ciudad y de la escasa voluntad de los empresarios para “poner la plata” y armar así equipos con pretensiones. Los medios locales siempre esperaron una mano salvadora que colocara “en el lugar que se merece” la ciudad en el concierto nacional del fútbol. Algunas de esas esperanzas recayeron en Julio Grondona –presidente de la Asociación del Fútbol Argentino-, a quien se le llegó a asignar un papel mesiánico en un eventual decreto que le devolviera la plaza fija de los viejos campeonatos nacionales en una eventual reestructuración de los campeonatos oficiales. Otras veces se confió en grupos empresarios con intenciones de adquirir un equipo y trasladarlo a la ciudad, cuestión que legalmente aun no ha sido resuelta. Siempre con una voluntad pensada desde escritorios acerca de lo que debe corresponderle a Mar del Plata como ciudad, debido a su importancia como enclave turístico, su capacidad hotelera y el Estadio Mundialista, ahora denominado José María Minella.

Años más tarde, como periodista profesional en el diario *El Atlántico* –labor que desarrollé con algunas interrupciones durante casi cuatro años- comprobé desde adentro la proliferación de lugares comunes, mitos y complejos que rodean al fútbol marplatense y que la prensa reproduce constantemente. Mar del Plata sigue esperando la mano salvadora que lo coloque, por decreto, “en el lugar que se merece”. Existe, podría decirse, una vocación por trascender los caminos convencionales para obtener aquello que se determina que es una necesidad para la ciudad: un equipo en primera división. Eso mismo sucedió en 1993 cuando, por muy poco, quedó trunco el proyecto del empresario Mauricio Macri de comprar el equipo de primera división Deportivo Español y llevarlo a la ciudad de Mar del Plata. En algunos medios locales dieron por hecho el negocio y el entusiasmo desbordó las redacciones de los diarios locales. Recuerdo como el periodista que seguía los acontecimientos, en el diario *El Atlántico*, me afirmó sonriente y con sorna ante mi escepticismo: “ahora Grondona firma un decreto y listo; tenemos el Mar del Plata Fútbol Club”. El impedimento legal para realizar tal maniobra y la oposición de la Asamblea de socios del Club Deportivo Español, desbarataron esas ilusiones. Todavía, pese al proceso de gerenciamiento o privatización en el que están siendo envueltos los clubes de fútbol en la Argentina, la barrera legal no ha sido franqueada. Aún no es posible comprar una plaza, como sí puede hacerse en la Liga Nacional de básquet, ni cambiar de esa manera el nombre de una institución para hacerlo funcional a un proyecto empresarial.

## **La relación con los informantes en el accionar cotidiano**

Nunca en mis trabajos he cumplido el requisito malinowskiano de la residencia extendida en el campo, sino que mis relevamientos etnográficos se han desarrollado a lo largo de varios años mezclados además con la actividad propia de hinchas. Y aun más lejos he quedado de acercarme a la posición neutra y desinteresada del investigador. Sin embargo, trabajar sobre una cuestión tan cercana como la identidad vinculada a un equipo de la ciudad en la que resido, me ha permitido, de alguna manera, una reflexión continua sobre la realidad que estudio, además de cumplir, supuestamente, con el requisito naturalista de fundirme en el campo, simplemente porque soy parte de él<sup>15</sup>. El hecho de estar en contacto permanente con

los medios de comunicación de la ciudad como con “la realidad” que investigo –de cuya construcción además formo parte- planteó siempre algunos interesantes beneficios, como la sensación de estar haciendo trabajo de campo permanentemente. En este contexto es que conocí a los mejores informantes que tuve durante mis primeros intentos de reflexionar acerca de los principales procesos identitarios en el fútbol marplatense.

Conocí a uno de estos informantes –nunca supe su nombre- fuera del ritual futbolístico. Él realizaba la tarea de cuidar autos en una universidad privada en la que yo trabajaba como profesor. De un día para el otro, mientras estacionaba el auto, divisé que con la clásica franela naranja que identifica a los *cuidacoches* –por esa razón también llamados *franelitas*- a un sujeto casi obeso, con gorrito visera y con una sonrisa bastante expresiva dominando su rostro regordete. Muy simpático y amable –es una actitud bastante común entre los *franelitas*-, este sujeto de, supongo menos de 30 años (tampoco supe su edad exacta), a los dos días de haberse apropiado del lugar<sup>16</sup> lo encontré a la salida escuchando por radio un partido que estaba jugando Alvarado, el clásico rival de Aldosivi. “Así que sos ternero le dije”, a lo que me respondió naturalmente: “y vos seguro que sos pescado”. A partir de ese momento, no conversé de otra cosa con él que no fuera de fútbol, situación por demás habitual entre las charlas masculinas en la Argentina.

Siempre tuve claro cuál era mi posición frente a él, trabajador informal<sup>17</sup> según ciertas clasificaciones sociológicas, frente a mí, profesor de una universidad privada que llegaba todos los días en un auto nuevo y de saco y corbata, a quien además le dejaba propina por cuidar el auto. Sin embargo, la extensión del ritual futbolístico, fuera de los espacios rituales, logra en cierta medida que las jerarquías sociales se suspendan, nunca que se borren. En una discusión futbolística informal, difícilmente las divisiones de clase entren en juego. Los valores de ese ritual son otros: por ejemplo quien es más hombre, quién tiene más aguante o incluso quien tiene la mayor capacidad de burlarse del otro. Las primeras conversaciones fueron las habituales que se dan entre dos hinchas de equipos rivales que mantienen una relación cordial e informal: cada uno explotando los aspectos que se consideran más enorgullecedores de su equipo y los más denigrantes del adversario. Como hincha de Aldosivi, me ufanaba de su por entonces presente exitoso, ya que estaba entre los primeros puestos de la B Nacional. Mi informante se burlaba de la escasa cantidad de gente que llevaba Aldosivi a los partidos, porque “la hinchada de Alvarado tiene aguante”, mientras que yo gozaba con la pobre campaña de Alvarado en el Torneo Argentino B, dos escalones más abajo que la división en la que jugaba Aldosivi.

Tras los primeros días en los que circularon todas las categorías que envuelven al imaginario del hincha (*aguante, gallina, cagón, vigilante, puto, botón*, entre muchos otros)

comenzamos a hablar de otro tipo de cuestiones más fructíferas para mi investigación que reproducir las rutinas discursivas de un hincha típico. Desde ese momento blanqueé mi situación como investigador y traté de aprovechar su posición como hincha de Alvarado comprometido para trabajar las relaciones de rivalidad entre los equipos marplatenses de fútbol considerados más populares. Pasaron varias semanas con esas charlas discontinuas –yo iba tres días por semana a ese lugar- y de un día para otro mi informante nunca volvió. Me quedé sin averiguar su nombre, su edad o alguna otra cuestión de su vida personal. Una noche creí verlo desde el auto en la Avenida Constitución<sup>18</sup>, también como cuidacoches, pero no tuve oportunidad -ni era el momento- de parar.

Durante ese 1998, en el que me dediqué con mayor frecuencia a trabajar sobre la identidad de Aldosivi, fueron muchas otras las situaciones planteadas que facilitaron mi acceso a discursos y realidades que de otra manera me hubiera llevado mucho tiempo y una dedicación intensiva encontrar. Con mis alumnos de esa universidad privada, comprobé que todo lo difícil que era para Aldosivi ampliar su margen de pertenencia a la ciudad, se invertía en los jóvenes que venían de otros lugares y que no tenían referentes de identidad deportivos regionales. Con algunos de ellos me encontraba en la cancha y a otros hasta los llevaba hasta el estadio, ya que ir en grupo, con algún *trapo*<sup>19</sup> u otra señal característica de los colores del equipo (camiseta, gorritos de diversas característica<sup>20</sup>), es una parte constitutiva del ritual deportivo. En la Argentina, el fenómeno de la doble pertenencia de la pasión futbolera es una constante debido a la centralización que se opera a todo nivel en el país, sumamente visible en el plano futbolístico. Estos jóvenes estudiantes de ciencias de la comunicación no estaban inmersos dentro de la atomización identitaria del deporte marplatense ni dentro de los mitos y complejos de una ciudad que mira permanentemente lo que sucede en la Capital Federal. Para esos chicos, de ciudades como Maipú, Dolores, Miramar, Balcarce<sup>21</sup>, la adopción de una identidad futbolística en la segunda división del fútbol argentino parecía un aspecto irrenunciable. Pero una vez que construyen esa identidad local en la ciudad receptora –Mar del Plata- ingresan en la lógica de lealtades y rivalidades del fútbol marplatense: terminan odiando a Alvarado aún sin conocer los colores de su camiseta. Es un discurso que se aprende con cierta rapidez, que se racionaliza y cuya adopción se justifica en lo irracional, en un amor natural, en la sangre. “River es como el SIDA, se lleva en la sangre”, suelen rezar muchos *graffitis* en la Capital Federal. Sin ir a esos extremos, uno de los cantos más comunes indica que: “...es un sentimiento/no se explica, se lleva bien adentro”. Es esta justamente la forma más racional de apoyar un sentimiento que se construye pero que se asegura su permanencia dándole un sentido visceral, irrenunciable.

## Últimos minutos

La recuperación reflexiva de algunas de estas anécdotas de campo, mezcladas con los recursos de la autobiografía etnográfica y la indagación de la memoria mediática, me permitieron retomar algunas de las claves de los procesos de la construcción de la identidad futbolística de Mar del Plata. Mi posición como hinchas de Aldosivi frente a ese intento empresarial de manipular las referencias identitarias de una pasión me colocó ante la tarea de fundamentar en un trabajo etnográfico aquellas razones por las cuales sentía que ese proyecto iba a fracasar. El alejamiento obligado de *La Canteras*, las pretensiones vedadas de cambiarle el nombre y los colores a Aldosivi se presentaron como datos que tomé con rechazo por una condición de hinchas que fui aprendiendo en cada partido y en cada entrevista. Como me había sucedido antes con Peñarol y el básquet, pude acceder a las normas que subyacen las prácticas y discursos de los hinchas para anticiparme al suceso de proyectos nacidos desde voluntades que despreciaron las perspectivas de los hinchas de fútbol (no sólo los de Aldosivi).

Haber trabajado sobre mi propio universo cultural, sobre las representaciones del ritual deportivo entre las cuales crecí y me desenvuelvo, facilitó mucho el acceso a ciertos discursos, historias, obtenidas en situaciones cotidianas, con amigos, parientes. Porque gran parte del trabajo de campo etnográfico se trata de recolectar narrativas, y las personas –por lo menos en el fútbol, parecen ansiosas de contar historias. El campo está repleto de historias para ser contadas. Se trata de ir a buscarlas, de establecer los vínculos propicios para que esas narrativas fluyan y se puedan incorporar a una investigación. Pero para eso es necesario conocer las reglas del ritual deportivo, las formas en que los actores se definen a sí mismo y a los otros para acceder a sus competencias metacomunicacionales y así poder definir con precisión las distintas situaciones comunicacionales, los contextos adecuados para la proliferación de historias, las relaciones de jerarquía y de poder y las diversas maneras en que se produce sentido en el fútbol. Aunque no opté por manipular mis pertenencias identitarias, sí puse por momentos en suspenso mi función de antropólogo, categoría profesional que aun no significa demasiado para la mayoría de mis informantes. Uno de los aspectos más relevantes es que como “antropólogo nativo” pude aprovechar la

manera en que yo mismo había ingresado en la lógica identitaria del fútbol marplatense, más allá de que en su momento (también trabajaba como periodista) seguí con simpatía la exitosa campaña de Alvarado que lo dejó cerca del Nacional B en 1991. En ese momento no había internalizado ese juego de identidades y alteridades. Era periodista, sólo había concurrido a encuentros de equipos de Mar del Plata en los viejos campeonatos nacionales y viví ese momento como una representación marplatense, como un símbolo de un prestigio deportivo de Mar del Plata, aunque Alvarado no era mi mejor opción. En esos años me hice parte del sentido común periodístico y su manera de concebir las identidades deportivas locales. Probablemente hasta hubiera editorializado a favor de una fusión entre Aldosivi y Alvarado si el proyecto me hubiera encontrado en una función periodística y no académica.

De cualquier forma, mi labor periodística no expulsó del todo mis preferencias en el fútbol local. Si bien no vivía en el puerto siempre tuve mayor simpatía por Aldosivi. Los equipos de Alvarado siempre me habían parecido de un juego muy tosco (juega “a lo Boca” pensaba), y demasiado afortunados. Además, el lugar en el que estaba ubicada su sede (en el viejo Matadero municipal) no era la zona de Mar del Plata yo que prefería. Pero creo que nada como la vinculación que estos equipos tuvieron con el básquet condicionó mi elección, ya que la hinchada de Aldosivi había apoyado sistemáticamente las campañas de Peñarol en la Liga, y lo mismo hizo la hinchada de Alvarado con Quilmes<sup>22</sup>. Por eso, cuando me apasioné por Aldosivi, me sentí del puerto, tanto que hoy entono con convicción cantos tales como:

*Yo nací en el barrio del puerto  
y sé donde voy a morir  
no importa en que cancha juguemos  
yo siempre te voy a seguir...*

o

*Señores yo soy del barrio de La Cantera  
lo sigo a Aldosivi a donde sea  
vayas a donde vayas  
la banda va a estar con vos*

*me gusta la marihuana y tomar alcohol  
vamos tiburón, vamos tiburón.*

Comprendí, además, que es en la cotidianeidad de las relaciones donde se pueden diferenciar las escenificaciones carnavalescas para los videoclips de apertura de los programas deportivos, de la manifestación genuina de la pasión. Mis informantes –aunque a muchos de ellos nunca los sentí como tales- me demostraron los lugares en los que se juega la identidad futbolística y la complejidad de esos procesos que transforman a la supuesta necesidad de crear un referente local del fútbol en una empresa imposible para el sentido común periodístico, político y empresarial. Sin embargo, el hecho de pertenecer al mismo mundo social que los sujetos que estudiamos no constituye garantía alguna para encontrar las discontinuidades entre estos modelos explicativos de los “nativos” y los conceptos teóricos utilizados. Se trata de engancharse y desengancharse permanentemente, asumir la propia condición de hincha pero recapitular cuando se está reproduciendo, en los contextos adecuados –la cancha y las discusiones con los rivales- las lógicas identitarias que se están estudiando. La manera en que me comportaba con el franelita y con mis alumnos me permitió ingresar en la lógica de identidades y alteridades del fútbol marplatense. En uno de los casos, con el franelita, ejercité la mecánica de rivalidades, encarnada en este caso con los dos clubes que en mayor grado la expresan en esta época, reproduce discursos, mitologías<sup>23</sup> y defensas heroicas de la masculinidad que no comparto. Con mis alumnos también incorporé ocasionalmente el discurso del hincha y, más allá de haber podido entender por ellos la manera en que los nuevos residentes construyen sus identidades deportivas, me sentí forzado a asumir con orgullo comportamientos masculinos, como quedar ronco después de un partido. Dije –y también lo pensé- que “los amargos nunca se quedan roncós”, la semana posterior antes mis problemas de voz durante la semana en las clases. Después de todo, éramos todos varones de más veinte años.

La reflexividad conceptual me permitió escapar de una visión mecánica acerca de la manera en que se configuran las identidades futbolísticas en Mar del Plata. Las dos clases de informantes que presenté en este trabajo me posibilitaron analizar sus posiciones en el mundo social, teniendo en cuenta las diferencias que nos separaban

pero también los puntos que nos acercaban. Todos somos hombres, “bien hombres” que podemos ejercitar en las canchas parte de nuestra masculinidad, que vivimos en una ciudad caracterizada por la atomización de las identidades futbolísticas. Pero no era igual a ninguno de ellos. De algunos era su profesor, del otro era su “cliente” -por llamarlo de alguna manera- y eso me permitió establecer una relación asimétrica en última instancia, suspendida a veces por los efectos del ritual futbolístico. Esto también me llevó a entender la proliferación de otredades que se juegan en los rituales futbolísticos, porque este tipo de identidades se construye en torno a enfrentamientos, pares oposicionales nosotros-ellos que se amoldan según las circunstancias, y que operan negativamente: se configuran en oposición a (estado, poder, amargos, mujeres, club rival, etc.). Identidades en las que, en este caso, “ser marplatense” no aporta ningún colectivo importante que se pueda compartir.

## Bibliografía

- ALEXANDER, Jeffrey C. (1997) *Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial. Fandom in the New Europe*, Aldershot: Avebury.
- GIULIANOTTI, Richard (1995) "Participant *Análisis multidimensional*, Barcelona: Gedisa.
- ARCHETTI, Eduardo (1999) *Masculinities. Football, Polo and the Tango in Argentina*, Oxford-New York: Berg.
- ARMSTRONG, Gary (1998) *Football Hooligans. Knowing the Score*, Oxford-New York: Berg.
- BROMBERGER, Christian (1999) *La partita de calcio. Etnologia di una passione*, Roma: Editori Riuniti.
- BOURDIEU, Pierre & Wacquant, Loic J. D. (1995) *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, México: Grijalbo.
- BOURDIEU, Pierre y otros (1996) *El oficio del sociólogo*, México: Siglo XXI.
- ELBAUM, Jorge (1998) "Apuntes para el «aguante». La construcción simbólica del cuerpo popular", en Pablo Alabarces y otros, *Deporte y Ciencias Sociales*, Buenos Aires: Eudeba.
- GARFINKEI, Harold (1996) "¿Qué es la etnometodología?", *Revista de la Academia*, nº 2, primavera.
- GEERTZ, Clifford (1994) *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*, Barcelona: Paidós.
- GIDDENS, Anthony (1997) *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías comprensivas*, Buenos Aires: Amorrortu.
- GIL, Gastón Julián (2000) "Deporte y antropología: apuntes para comprender la violencia en los estadios". Ponencia ante el *VI Congreso Argentino de Antropología Social: "Identidad disciplinaria y campos de aplicación"*. Mar del Plata, 14 al 16 de septiembre. Universidad Nacional de Mar del Plata. Simposio: Procesos culturales contemporáneos.
- GIULIANOTTI, Richard (1993) "Soccer casuals as cultural intermediaries", en Steve Redhead (ed.): *The Passion and the Fashion. Football Observation and Research Into Football Hooliganism: Reflections on the Problems of Entrée and Everyday Risks*, *Sociology of Sports Journal*, vol. 12. nº 1.
- GUBER, Rosana (1991) *El salvaje metropolitano. A la vuelta de la Antropología Posmoderna. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*, Buenos Aires: Legasa.
- GUBER, Rosana (1995) "Antropólogos nativos en la Argentina. Análisis reflexivo de un incidente en el campo", en *Publicar*, año IV, nº 5, agosto.
- GUBER, Rosana (1997) "«Truchos» y «genuinos». Las identidades en el trabajo de campo", en Beatriz Kalinsky & Morita Carrasco (eds.) *¿Qué hace el antropólogo en el campo?. Problemas conceptuales, metodológicos y éticos*, Buenos Aires.

## Notas

---

<sup>1</sup>. Geertz define al sentido común como "algo familiar, un mundo que cualquiera puede y podría reconocer, y en el que cualquiera puede o podría reconocer, y en el que cualquiera puede o podría mantenerse sobre sus propios pies" (1994: 114).

<sup>2</sup>. La utilización del concepto de reflexividad no implica adherir a la perspectiva etnometodológica que propone Harold Garfinkel para explicar el comportamiento de las personas en la sociedad. Su intento de cuestionar las macrosociologías y de darle la capacidad de accionar al sujeto lo llevaron a algún exceso ya que:

"no hay dudas de que este ímpetu tardío representa un humanismo genuino en el sentido ideológico. Encarna la visión revolucionaria de la década de 1960: la estructura es totalmente abierta y los seres humanos pueden moldearla y controlarla. Pero es dudoso que este humanismo moral se pueda justificar teóricamente" (Alexander, 1997:225).

La etnometodología de Garfinkel pretende encontrar los significados en las respuestas individuales situadas y específicas, ya que es "el estudio de los modos en que se organiza el conocimiento que los individuos tienen de los cursos de acción normales, de sus asuntos habituales, de los escenarios acostumbrados" (Wolf, 1988). Por eso, le restó trascendencia a las normas sociales como determinantes de la agencia y centró su atención en los procesos que utilizan los miembros de la sociedad para sostener y producir el sentido dentro de la estructura social en la cual interaccionan. Para el conocimiento etnometodológico, resulta sustancial que se efectúe una ruptura de las situaciones cotidianas habituales, lo que "se obtiene poniendo entre paréntesis, suspendiendo, el conocimiento contextual asumido normalmente como compartido (sobre la base de las experiencias precedentes de la interacción) por todos los participantes en el encuentro social" (ídem: 1988).

Los postulados de la etnometodología son, de cualquier manera, sumamente útiles como acervo de actitudes para el etnógrafo, ya que el hecho de centrarse en los elementos que se dan por descontado, en el sentido común de los interlocutores que construyen sus realidades de otra manera. Los vicios etnocéntricos son mucho más difíciles de superar de lo que el investigador suele suponer y la reflexividad aparece como un recurso interesante.

<sup>3</sup>. Las únicas situaciones en las que vi amenazada mi integridad fueron los momentos en que desarrollé tareas de observación con la hinchada de Alvarado, el rival tradicional de Aldosivi, quizás por el temor de alguien –por ejemplo algún ex alumno- pudiera reconocer y denunciar mi preferencia por Aldosivi.

<sup>4</sup>. En una ocasión, mientras estaba realizando tareas de observación con la hinchada de Quilmes de Mar del Plata en el básquet de Liga Nacional, fui increpado duramente por un de los líderes de esa hinchada para que saltara como todos los demás, ya que no me estaba comportando de la manera esperada. Estaba siendo, como en efecto fui llamado por ese sujeto: un "amargo".

<sup>5</sup>. Se lo denomina de esa manera a Peñarol porque su camiseta tradicional es azul y blanca a rayas verticales finas.

<sup>6</sup>. Este escenario es una carpa sobre una estructura predominantemente de madera, hoy en desuso, que podía albergar, en precarias condiciones a casi 3500 espectadores. Se encuentra ubicada en la zona del Puerto marplatense y se lo solía utilizar habitualmente para espectáculos circenses.

<sup>7</sup>. Casi como acto reflejo, la hinchada de Alvarado respondió a la alianza entre Aldosivi y Peñarol, asociándose con Quilmes. Cumplió, de esta manera, las típicas alianzas clánicas que caracterizan a las hinchadas del fútbol argentino (Gil, 2000).

<sup>8</sup>. Se habla de grupos violentos organizados porque sería una simplificación típica del sentido común periodístico reducir la violencia en los estadios a los denominados barrabravas.

<sup>9</sup>. La Liga Nacional de básquet alcanzó desde mediados de los ochenta una estructura de organización que permitió no sólo una representación importante de equipos del interior del país, sino el predominio deportivo de esas escuadras por sobre los clubes de Buenos Aires. Ciudades de diversa magnitud (desde Cañada de Gómez hasta Córdoba o Rosario) logran o han logrado estar representados en algunas de las divisiones de este certamen deportivo a lo largo de sus quince ediciones.

---

<sup>10</sup>. Si el fútbol como objeto de estudio ha sido deslegitimado sistemáticamente por el campo académico de las ciencias sociales, el básquet sufre un efecto análogo frente al fútbol en el momento de plantear su legitimidad dentro de las investigaciones sobre el deporte, especialmente por el menosprecio que este certamen sufre en la Capital Federal, más volcada hacia la competencia de la NBA.

<sup>11</sup>. Este estadio lleva el nombre de uno de los presidentes más recordados del club, Adolfo López, quien conducía la institución cuando logró los primeros éxitos en el fútbol local, concretamente el tricampeonato del 73,74 y 75. Fue inaugurado el 17 de Octubre de 1993, en un encuentro correspondiente al Campeonato de la Liga Marplatense de Fútbol, que marcó el triunfo de Aldosivi dos por cero sobre Libertad. Pero recién comenzó a utilizarse para el Nacional B el 2 de Marzo de 1997, luego de unas obras que lo acondicionaron precariamente para la disputa de los partidos de esa categoría. En esa ocasión, Aldosivi cayó por un gol a cero con San Martín de Tucumán.

<sup>12</sup>. Su vinculación con el puerto de la ciudad también puede leerse en el nombre de la institución. El club, fundado el 29 de marzo de 1913, los apellidos de los ingenieros franceses que construyeron el puerto Allard, Dollfus, Sillard y Wiriot (ALDOSIWI), reemplazándose luego la W por la V. Sus colores originales eran el azul, el rojo y el blanco, los colores franceses que además identificaban a la empresa constructora. Este dato desapareció del imaginario portuense: Aldosivi simplemente es el verde (lo acompaña el color amarillo).

<sup>13</sup>. Apodo despectivo que los rivales de Aldosivi imponen al invertir la autoidentificación con el "Tiburón". Alvarado, autotitulado "El torito de mataderos" recibe una contestación similar: terneros.

<sup>14</sup>. Este conglomerado económico es liderado por el empresario de origen gallego Florencio Aldrey Iglesias, y está compuesto por el diario *La Capital*, las dos radios de amplitud modulada (LU9 y LU6), *La Capital Cable* y el diario capitalino *La Prensa*. Además, están vinculados a este consorcio la empresa de lácteos *El Amanecer* y una cadena de hoteles encabezada por el *Hermitage*.

<sup>15</sup>. Geertz se refiere de manera casi burlesca al "mito del investigador de campo camaleónico, mimetizado a la perfección en sus ambientes exóticos, como un milagro andante de empatía, tacto, paciencia y cosmopolitismo" (1994: 73) para cuestionar la empatía como técnica de acceso a los significados de una cultura.

<sup>16</sup>. En una gran cantidad de espacios públicos de las ciudades existen distintos mecanismos de acceso a los espacios públicos para poder cumplir la función de cuidachoches. En ocasiones, tal cual supongo que fue el caso de este informante, ciertos lugares no son considerados rentables y están vacíos hasta que alguien se decide ocuparlos. Digo esto porque esta universidad privada había sido instalada recientemente en ese edificio y un tiempo antes no era un lugar importante de estacionamiento de autos. Pero los espacios públicos de mayor afluencia de vehículos suelen ser manejados por sujetos (como también ciertas áreas de mendicidad o prostitución) que luego los distribuyen a cambio de una suma fija.

<sup>17</sup>. Algunas otras categorizaciones definen a estas actividades como nuevas formas de mendicidad. Ellos se consideran, simplemente, *laburantes*.

<sup>18</sup>. Sobre la Avenida Constitución es donde están situadas las principales discos de la ciudad de Mar del Plata.

<sup>19</sup>. Los *trapos* son objetos simbólicos de un alto valor para los hinchas. Las banderas, tal es su denominación cotidiana, son instrumentos infaltables en las hinchadas argentinas.

<sup>20</sup>. No es una tradición de larga data el uso de gorros de diversa clase en las hinchadas argentina, más allá del tradicional pañuelo con las cuatro puntas anudadas. Como adaptación del despliegue multicolor de los hinchas europeos, hoy circulan gorros y sombreros de diversa característica, como los de arlequín. Las pelucas y los rostros pintados son características carnavalescas que no han prendido en las canchas de nuestro país.

<sup>21</sup>. Este fenómeno es mucho menos usual entre estudiantes de Tandil y Necochea, dos ciudades importantes que mantienen una rivalidad marcada con Mar del Plata, no sólo en el aspecto deportivo.

<sup>22</sup>. Ambas hinchadas del básquet marplatense ahora reniegan del apoyo extrabasquetbolístico y se lo adjudican al rival como muestra de debilidad. El ideal masculino necesita que el "aguante" sea realizado por uno mismo, sin ayuda de nadie. El aguante "es orillero, marginal, espontáneo, explosivo y teatral. Disputa a la lógica el espacio de lo sorpresivo y lo sorprendente: desafía a lo que supone ganador, enfrentándose a la superioridad, al orden de lo supuesto. Descree de la disciplina y la templanza mostrando, por ejemplo, que «el alcohol no hace mella»" (Elbaum, 1998). Estos dos cantos son un clásico en los "duelos" de las hinchadas basquetbolísticas.

"Cerveceros hijo de puta"

---

Alvarado te bancó  
Peña se la banca sólo  
la puta que te parió”.

y

“Dale pe  
dale pe  
decíle a Aldosivi que  
te venga a defender”.

<sup>23</sup>. Entre las distintas hinchadas se manejan mitos heroicos masculinos como el robo de “los trapos”. Los informantes de Aldosivi y Alvarado a los que tuve acceso relatan episodios humillantes para la hinchada adversaria, incluso sobre el mismo acontecimiento sobre el cual manifiestan interpretaciones contrapuestas.